

VIVIR EN
COMUNIDAD

¿POR QUÉ?

VIVIR EN
COMUNIDAD—
¿POR QUÉ?

Eberhard Arnold, 1925

COMPARTA ESTE LIBRO ELECTRÓNICO CON sus amigos. Envíelo por e-mail o haga una impresión parcial o completa, pero rogamos no introducir modificación alguna. En el caso de que deseara obtener copias múltiples o reimprimir partes del texto en un boletín o periódico, tenga a bien de atenerse a las siguientes restricciones:

- No se permite la reproducción de ningún material con fines lucrativos.
- Debe incluirse la siguiente advertencia: “Copyright 2007 por Plough Publishing House. Usado con permiso.”

Este libro electrónico es una publicación de Plough Publishing House, Farmington, PA 15437 USA (www.plough.com) y Robertsbridge, East Sussex, TN32 5DR, UK (www.ploughbooks.co.uk)

*Copyright © 2007 by Plough Publishing House
Farmington, PA 15437 USA*

All Rights Reserved

Índice de materias

| | |
|---|----|
| ¿Por qué comunidad? | 1 |
| Nuestro fundamento es la fe..... | 2 |
| Comunidad como respuesta a los problemas socio-políticos | 4 |
| Comunidad es la respuesta de la fe | 5 |
| Comunidad en la historia de la iglesia | 7 |
| Vivir en comunidad es vivir en el Santo Espíritu | 8 |
| La comunidad y su simbolismo | 11 |
| La comunidad es signo del Reino venidero | 14 |
| Vivir en comunidad es un llamado al amor y a la unidad | 18 |
| Vivir en comunidad significa sacrificio | 19 |
| Vivir en comunidad es una aventura de fe | 20 |

¿Por qué comunidad?

La vida en comunidad nos resulta pura necesidad — o sea una obligación inexorable que determina todos nuestros actos y pensamientos. Sin embargo, no eran ni las buenas intenciones ni nuestros esfuerzos los factores decisivos cuando elegimos esta forma de vida. Más bien fuimos convencidos por una certidumbre, aquella certidumbre cuyo origen y vigor se hallan a la fuente de todo lo que existe. De ahí que:

No podemos sino vivir en comunidad, porque toda vida creada por Dios existe en un orden comunitario y tiende hacia comunidad.

Nuestro fundamento es la fe

La fuente de toda vida es Dios. Nuestra vida comunitaria está cimentada en él y construida por él; es por él que haya salido una y otra vez victoriosa a través de dramáticos conflictos. Es este un camino sumamente peligroso, un camino de profundo sufrimiento: lleva directamente a la lucha por la existencia, a la realidad del trabajo para poder vivir, y nos pone en medio de todos los problemas que crea el carácter humano. Empero, ahí precisamente encontramos nuestra más profunda dicha: en que percibimos claramente el eterno conflicto— o sea la indescriptible tensión entre vida y muerte, al ser humano tendido entre cielo e infierno— y que con todo seguimos creyendo en el triunfo de la vida, del amor y de la verdad, porque creemos en Dios.

Para nosotros, esa fe no es teoría ni dogma; no es un sistema de ideas ni una composición de palabras, no es un culto ni una organización. Tener fe significa recibirlo a Dios mismo. Tener fe nos da la fuerza para seguir en este camino. Nos ayuda a seguir confiando otra vez más, aun cuando del punto de vista humano el fundamento mismo de nuestra confianza haya sido deshecho. La fe nos hace percibir lo esencial y eterno. Nos da ojos que ven lo que no es visible, y manos que tocan lo que no es tangible, pero está siempre presente en todas partes.

Si tenemos fe, ya no juzgaremos a la gente según normas sociales o sus debilidades, porque ya hemos descubierto la gran mentira que se oculta detrás de los disfraces de una sociedad codiciosa, impura y asesina. Tampoco no nos

dejaremos engañar por aquella otra opinión de que son la perversidad y la inconstancia del carácter humano las que representan su verdadera naturaleza (aunque de hecho existan).

Es cierto que, sin Dios, somos incapaces de vivir en comunidad. Arranques emocionales, impulsos posesivos, deseos de satisfacción física o sentimental, pasiones violentas o sutiles susceptibilidades, ambiciones de tener influencia sobre los demás y de ganar privilegios — todos éstos son obstáculos, al parecer insuperables, para lograr verdadera comunidad. Pero si tenemos fe, sabemos que son insignificantes frente al poder de Dios y de su amor. Dios es más fuerte que todas estas realidades.

Por lo tanto es abundantemente claro que, sin fe en un poder más elevado, es imposible realizar verdadera comunidad. Pero a pesar de todos sus malogros, los hombres siguen poniendo su fe en la bondad humana, o en la fuerza de la ley. Sin embargo, todos sus esfuerzos están destinados a fracasar cuando se enfrentan con la realidad del mal. La única fuerza capaz de crear verdadera comunidad es la fe en el último misterio del bien, quiere decir, la fe en Dios.

No podemos sino vivir en comunidad, ya que sólo en la práctica se evidencia hasta qué punto el hombre irredento es incapaz de tal vida, mientras que es Dios quien se revela como poder vivificante y creador de la vida comunitaria.

Comunidad como respuesta a los problemas socio-políticos

Hay organizaciones políticas que, igual como nosotros, abogan por la paz internacional, la abolición de la propiedad privada, y la plena comunidad de bienes. Sin embargo, no es posible que podamos alinearnos con esas organizaciones para luchar a su lado y a su manera. Es cierto que, al igual que aquellos grupos, simpatizamos con la gente que sufre privaciones, que carece de comida y techo, al punto que el desarrollo mental de sus hijos está entorpecido por causa de la explotación que sufren. Nos solidarizamos con los desposeídos, con los marginados, con los oprimidos. Pero nos rehusamos a tomar parte en una lucha que hace uso de la violencia para vengar a las víctimas de la explotación. Nos oponemos a la guerra defensiva del oprimido tanto como rechazamos la guerra defensiva de las naciones.

No podemos sino vivir en comunidad, ya que en esta lucha espiritual nuestra postura misma nos coloca al lado de todos los que lidian por libertad, unidad, paz y justicia social.

Comunidad es la respuesta de la fe

Todas las revoluciones, los movimientos idealistas y reformadores, nos convencen más y más de que hay una sola cosa capaz de vitalizar nuestra fe en el Bien, a saber, el irrefutable ejemplo práctico de un acto inspirado por la verdad, en el cual acción y palabra son idénticas en Dios. Tenemos un arma sola contra la depravación de nuestros días — es el arma del Espíritu manifiesta en la labor constructiva cumplida en un ambiente de compañerismo y amor. No creemos en un amor sentimental e inactivo; ni tampoco damos crédito una dedicación al trabajo práctico que no da prueba diaria de una relación sincera entre los que trabajan codo a codo, es decir una relación nacida en el Espíritu. El amor al trabajo, al igual que las obras del amor, nacen del Espíritu.

Cuando hombres y mujeres se juntan voluntariamente para renunciar a todo egoísmo, aislamiento o privilegio, su alianza es señal de la unidad entre toda la gente, unidad que encontramos en el amor de Dios y en el poder de su Reino venidero. La fuente del anhelo por este Reino de paz para todo el mundo es Dios; de Él emana el espíritu de solidaridad fraternal.

Trabajar en el Espíritu, y apreciar el Espíritu en el trabajo — he aquí la esencia misma del futuro orden de paz que nos trae Jesucristo. Sólo el trabajo rinde posible la vida en comunidad. El trabajo nos proporciona la satisfacción de obrar para el bien común, y de hacerlo junto con otros dedicados al mismo fin. Recordemos que aun cuando empeñados en las tareas más ordinarias, todo lo material y todo lo mundano debe ser consagrado al futuro de Dios.

No podemos sino vivir en comunidad, puesto que Dios requiere que respondamos a las vagas añoranzas de nuestro tiempo con la clara respuesta que da la fe.

Comunidad en la historia de la iglesia

En todos los siglos— muy especialmente en la era de los profetas judíos y entre los primeros cristianos— ha habido hombres y mujeres que demostraron la realidad de una vida inspirada por el amor y arraigada en la fe. Nosotros confesamos a Cristo, el Jesús de la historia, y con él todo su evangelio, tal como fue proclamado por sus apóstoles y practicado por sus discípulos. Por ende, somos hermanos y hermanas de todos aquellos que a través del largo curso de la historia se juntaron para vivir en comunidad. Aparecieron entre los cristianos del primer siglo; en el movimiento profético Montanista del segundo siglo; en los monasterios de los siglos posteriores; en el movimiento revolucionario de justicia y amor iniciado por Arnolfo de Brescia; entre los Valdenses; en las comunidades itinerantes de Francisco de Asís; entre las hermandades de Bohemia y Moravia y entre los Hermanos de la Vida Común; en los movimientos anabaptistas del siglo 16; entre los primeros Cuáqueros, los Labadistas de los siglos 17 y 18, y en muchas otras denominaciones y movimientos, hasta nuestros días.

No podemos sino vivir en comunidad, porque nos impele el mismo Espíritu que desde antaño ha llevado una vez tras otra a la vida en común.

Vivir en comunidad es vivir en el Santo Espíritu

La comunidad en la iglesia primitiva. Creemos en Jesucristo y en la iglesia primitiva. La iglesia primitiva se dedicó tanto a las necesidades corporales como espirituales de la gente. Jesucristo trajo vida: sanó a cuerpos enfermos, resucitó a los muertos, expulsó demonios de almas atormentadas, y trajo su mensaje de alegría a los más menesterosos.

El mensaje de Jesucristo es la realización del futuro Reino en el presente, aunque sea invisible; es la promesa de que en última instancia esta tierra será enteramente ganada para los fines de Dios.

Es importante recalcar que se trata de un todo indivisible. El amor de Dios no reconoce restricciones ni límites. Jesucristo no se detiene ante cuestiones de teología, de moralismo o de gobierno, ni tampoco ante la propiedad. Percibió el corazón del joven rico, a quien amó, y le dijo: “Una sola cosa te hace falta: ¡Vende todo lo que posees, dáselo a los pobres, y ven conmigo!” Los discípulos de Jesús no poseían propiedad personal alguna; tenían una caja común. Uno solo entre ellos estaba encargado con la desagradable tarea de administrar el dinero, y éste falló — valiosa lección para la sociedad materialista de nuestros días.

Con todo, la traición y la ejecución de Jesucristo no significaban derrota. El Resucitado dotó a sus itinerantes discípulos con la experiencia y el entusiasmo de su Espíritu, y les otorgó el poder de continuar su vida comunitaria

en mayor escala. La primera iglesia llegó a ser una comunidad de varias miles de personas cuyo ardiente amor los obligaba a permanecer juntos. Las características de una vida en común nacieron de la percepción de la vida como un todo indivisible.

Los primeros cristianos en Jerusalén lo poseían todo en común. Quienquiera poseía algo, se sentía impelido en su fuero interno a compartirlo. Nadie poseía cosa alguna que no perteneciera a la iglesia. Empero, lo que poseía la iglesia estaba a la disposición de todos. Su generoso amor no excluía a nadie, y tanto la puerta abierta como el corazón abierto eran sus características. En su época más floreciente, esa comunidad encontró la manera de ayudar a todo el mundo. Y aunque sus miembros forzosamente eran objeto de odio y hostilidad, granjearon la confianza de sus vecinos porque en todo momento estaban a su entera disposición.

Comunidad hoy día. Los primeros cristianos vivían en el Espíritu, que sopla como el viento, y nunca es rígido como el hierro o la piedra. El Espíritu es infinitamente más sensible que el intelecto humano o las estructuras gubernamentales y sociales; más sensible aún que todas las emociones del alma, más sensible que todos los movimientos del corazón, sobre los cuales los hombres tan a menudo, aunque en vano, tratamos de levantar edificios duraderos. Pero por esta misma razón es el Espíritu más fuerte e irresistible que todo aquello; es invencible frente a otras fuerzas, por terribles que sean, porque el Espíritu es la anchura, la profundidad y la altura del ser.

Jesús llevó una vida llena de amor – un amor libre de violencia, privado de derechos, despojado de todo deseo de poseer. En el Resucitado, el Espíritu es poderosa voz que conduce a la vida en común.

La luz de la iglesia primitiva no fue más que un breve fulgor que iluminó el sendero de la humanidad. Sin embargo, su espíritu y su testimonio sobrevivieron aun después de que sus miembros habían sido dispersos, y muchos de ellos asesinados. Formas similares que expresaban el mismo espíritu volvieron

a surgir como dones de Dios a través de la historia. Mataron a los testigos, murieron los padres, pero nacieron y siguen naciendo hijos del Espíritu. Las comunidades desaparecen, pero la iglesia que las crea permanece.

Todo afán de crear una comunidad artificialmente termina en caricatura sin vida. Sólo cuando nos hayamos vaciado de nosotros mismos, seremos receptivos para aquél que es eterno; sólo entonces el Espíritu podrá crear entre nosotros la misma vida que fundó entre los primeros Cristianos. El Espíritu es deleite en Él que vive, deleite en el Dios que da vida; deleite en cada ser humano, porque cada uno ha recibido su vida de Dios. El Espíritu nos impele a ir al encuentro de los hombres y regocijarnos en vivir y trabajar unos para otros. El Espíritu de Dios es el espíritu de amor y de creatividad por excelencia.

La vida en comunidad no es posible si no es en este Espíritu que abarca todos los aspectos de la existencia. Nos confiere una espiritualidad más profunda y, al mismo tiempo, nos habilita para vivir con mayor intensidad que nunca antes. Entregarnos a este Espíritu es una vivencia tan potente que jamás seremos capaces de percibirla en todo lo sublime que es. Nada ni nadie salvo el Espíritu mismo es capaz de tales alturas. El Espíritu intensifica nuestras fuerzas e inflama el alma de la comunidad — su propio centro. Cuando este centro arde hasta consumirse en el sacrificio, su resplandor será visible a lo lejos.

Se puede comparar la vida en comunidad al martirio por fuego: Significa la entrega diaria de todas nuestras energías y la renuncia de todos nuestros derechos y exigencias que solemos hacer a la vida, aun aquellas que nos parecen ser justificadas. Sirva de símbolo la hoguera, en la cual se consumen los leños individuales con el fin de irradiar calor y luz en derredor.

No podemos sino vivir en comunidad, ya que el jubiloso espíritu de amor a los demás nos impele a extenderles la mano con el anhelo de ligarnos a ellos para siempre.

La comunidad y su simbolismo

La comunidad y los símbolos de la naturaleza. La totalidad de lo que vive, con el sinnúmero de formas que presenta la naturaleza, es alegoría de la futura comunidad del Reino. El aire que respiramos y el soplo de los vientos que nos rodean, señalan el aliento del Espíritu que une y renueva. El agua que a diario nos lava y limpia señala el profundo símbolo del bautismo por inmersión, que nos purifica de todo lo que conduce a la muerte. Es este como un “entierro” en el agua, algo que sucede una sola vez, y significa la ruptura total con el statu quo; equivale a jurar eterna enemistad al mal, tanto en nosotros mismos como alrededor de nosotros. Del mismo modo, al “resurgir” del agua, que también ocurre una sola vez, proclamamos en vívida imagen y con inolvidable claridad la resurrección.

No es otra la resurrección que observamos en la naturaleza: a la muerte del otoño e invierno sigue el florecimiento de la primavera y el frutar del verano — después de la siembra viene la cosecha. El ciclo de la naturaleza es símbolo del ciclo entero de la historia humana, desde sus orígenes hasta el cumplimiento de su destino.

En las trivialidades de nuestra existencia podemos descubrir simbolismos. Si la tratamos con la debida reverencia, hasta la comida cotidiana es un consagrado festival de comunidad. En un sentido más profundo, encontramos el símbolo de comunidad en la Santa Cena: la comida de pan y vino. Esta cena conmemorativa afirma la catástrofe de la muerte de Jesucristo así como su segundo Advenimiento. Al mismo tiempo, declara que recibimos al Señor en

nuestra propia persona, y proclama a su iglesia— que es su mismísimo Cuerpo— como máxima unidad de la vida.

La comunidad y el símbolo del cuerpo humano. El doble símbolo del cuerpo dotado de un alma— del espíritu inmanente en la creación— se manifiesta en cada ser humano en forma singular e inconfundible. Cuando dos seres se unen en matrimonio, este símbolo adquiere significado especial. El matrimonio es un pacto de fidelidad entre un hombre y una mujer, y como tal es imagen de la unión del Espíritu con el género humano y de Jesucristo con su iglesia. En el matrimonio, la pureza, o sea la práctica de una vida sexual disciplinada, nos libera para regocijarnos en la vida que Dios ha creado.

En el cuerpo humano se conserva la comunidad gracias al constante ciclo de células nuevas que reemplazan las células muertas. De modo similar, la vida en plena comunidad no será nunca un organismo si no es al precio de heroicos sacrificios. Por ser una asociación educativa de ayuda mutua y de recíproca corrección, de recursos compartidos y de trabajo común, toda verdadera comunidad debe ser un pacto convenido sobre la base de renuncia voluntaria por parte de cada individuo. Sólo así podrá perseverar en la lucha para que la comunidad sea iglesia.

En el contexto de la comunidad-iglesia, la justicia no consiste en satisfacer las demandas, ni aun las más razonables, que se hagan en base a los así llamados derechos de la persona. Al contrario, consiste en ofrecer a cada miembro la oportunidad de entregarse completamente para que Dios pueda encarnarse en él y el Reino irrumpa con fuerza en su vida. Esto no se logra mediante severas demandas impuestas por algunos pocos a los demás, sino gracias al sacrificio voluntario de cada uno. El Espíritu de Dios se manifiesta en la valentía del sacrificio; en la libre espontaneidad, la dedicación al trabajo, el placer de encontrarse con hermanos y hermanas, y el entusiasmo evidenciado en todo acto de amor.

El cuerpo humano es la morada consagrada del Espíritu; es por esto que lo amamos. El Espíritu de Dios habló, y fue creada la tierra, y Dios sacó al

suelo de su estado natural para que fuese cultivado por el trabajo común de los hombres; es por esto que amamos al suelo. Nos gusta el trabajo manual, la labor de los músculos y de las manos, y nos gusta la obra del artesano, en la cual el espíritu guía la mano. En la colaboración entre mano y espíritu se reconoce el misterio de la comunidad.

También apreciamos la actividad de la mente y del espíritu, la riqueza de la creación artística, la interrelación entre lo intelectual y lo espiritual en el curso de la historia humana, y su efecto sobre la humanidad en su anhelo de paz. Sea cual fuere nuestra tarea, nos incumbe reconocer en ella la voluntad de Dios y cumplirla como tal. Dios— el Espíritu creador— dio forma a la naturaleza y nos la encomendó a nosotros, sus hijos e hijas, como su herencia. Al mismo tiempo nos la ha dado como tarea: nuestro jardín debe transformarse en el jardín de Dios, y nuestra labor debe fomentar su Reino.

No podemos sino vivir en comunidad, porque nos inspira el mismo Espíritu creador y unificador que dispone la unidad de la naturaleza, y transforma toda labor y cultura en comunidad bajo Dios.

La comunidad es signo del Reino venidero

La comunidad como heraldo del reino de Dios— como presagio de que Dios triunfará en esta tierra— no es menos importante que el símbolo de la comunidad como cuerpo. Cuando reine Dios, habrá alegría, paz y justicia. Al igual que cada cuerpo viviente consiste de millones de células independientes que forman un organismo, la humanidad entera llegará a ser un organismo. Este organismo ya existe hoy en la iglesia invisible.

Cuando aceptamos la unidad y el orden de la iglesia invisible, reconocemos al mismo tiempo la libertad del Espíritu dentro de este orden. Una comunidad que se sabe portadora de tal única tarea, estará consciente de pertenecer a la *una sancta*, la Iglesia Una. Forma parte de un organismo más grande, y necesita la reciprocidad que resulta de servir al Cuerpo entero.

Autodeterminación y sumisión. El secreto de la comunidad reside en la libertad de autodeterminación de cada persona, es decir, en la libre decisión personal que toma cada miembro de entregarse del todo para el todo, y al mismo tiempo de ejercer su propia voluntad para el bien. Esta libertad, sin la cual la vida en común es imposible, no consiste en dominarse a sí mismo a fuerza de voluntad, ni es tampoco cobardía o desenfreno. En una comunidad de hombres y mujeres animados por una profunda inquietud y fe en el Espíritu, la libertad de cada individuo reside en la libre decisión generada por el Espíritu.

Cuando cada miembro tiene por única meta el bien de los demás, esta libertad se transforma en unanimidad y armonía. Una vez liberada, la voluntad del individuo se orienta hacia el Reino, hacia la unidad tal como la concibe Dios, hacia el bien de la humanidad entera.

Vivimos en un mundo dominado por la muerte, razón por la cual la voluntad activa se verá obligada a defenderse constantemente contra las fuerzas destructivas de la mentira y de la impureza, del capitalismo y del poderío militar. Está luchando en todos los frentes: contra el espíritu de matanza, contra toda hostilidad (incluso el veneno de la burla y de la querella), contra la injusticia y la maldad que se infligen unos a otros. Lucha en el ámbito público tanto como en el privado contra la esencia misma del odio y de la muerte, y contra todo lo que se opone a comunidad. El llamado a la libertad es un llamado a una batalla sin tregua. Y los que reciben este llamado tienen que estar continuamente preparados. Necesitan toda su fuerza de voluntad, y la ayuda de las fuerzas que Dios les confiera, para hacer frente al sufrimiento de los oprimidos, solidarizarse con los pobres, y luchar contra el mal tanto en ellos mismos como en el mundo alrededor.

Dentro de la comunidad misma, el mal debe combatirse con mayor intensidad que en el mundo, y más intensamente aún dentro de cada individuo. En la comunidad, el espíritu de la iglesia es el que libra esta batalla, que se afianza en cada individuo para desde la posición del Adán Nuevo combatir en él al Viejo Adán. Así todas las blandas indulgencias, todas las flojeadades quedan vencidas por el ardiente poder del amor.

No podemos sino vivir en comunidad, porque la lucha por la vida y contra la muerte requiere que estemos unidos, cuerpo y alma, para que podamos ser movilizados dondequiera que la muerte amenace la vida.

Comunidad de bienes. La comunidad de bienes presupone que cada miembro esté dispuesto a entregar libre e incondicionalmente al acervo común todo

cuanto posee— su propiedad e ingresos de cualquier procedencia— sea mucho u poco. Aún así, la comunidad no se concibe como propietaria mancomunada de sus inventarios y de sus empresas. Más bien actúa como fideicomisario de los bienes que administra para el bien común de todos. En este sentido, la puerta de la comunidad está abierta para todos. Y por esta misma razón es imprescindible que haya dentro de la comunidad una cristalina unanimidad en el Espíritu, cuando se trata de tomar decisiones.

Lealtad hasta el final. Va sin decir que la lucha liberadora por la unidad y por la plenitud del amor se libra en muchos frentes y con diferentes armas. Asimismo, la labor de la comunidad adopta muchas formas diversas, que representan, todas ellas, la abundante riqueza del Espíritu. Pero con certeza hay un propósito determinado para cada trecho del camino, y cuando tengamos esta certeza se nos dará también la fuerza para permanecer leales y diáfanos hasta el final, aún en asuntos insignificantes. No se le puede confiar nada al que no sea capaz de mantenerse firme; portarán el estandarte sólo los que se mantengan firmes.

Sumisión al todo. No hay Gran Comisión que no presuponga una tarea clara y concreta. Al mismo tiempo es de importancia decisiva que cada tarea especial nos conduzca únicamente hacia Jesucristo, vale decir que efectivamente sirva al todo, a la iglesia, al Reino venidero. Perderá el camino quien considera la tarea que le ha sido encomendada como algo especial en sí y de por sí. Pero quien sirve al todo, bien que sea en su situación especial y en su forma característica, éste puede decir con acierto: “Pertenezco a Dios y a la vida en comunidad.”

Empero, antes de que nuestro servicio humano se torne en servicio divino, es esencial reconocer cuán pequeño y limitado es ese servicio, frente a la totalidad de la causa.

Una vocación especial— como la de vivir en comunidad, por ejemplo— nunca debe confundirse con la Iglesia de Jesucristo. La vida en comunidad

significa disciplina en comunidad, educación en comunidad, y entrenamiento continuo en el discipulado de Cristo. Pero el misterio de la iglesia es muy diferente a todo esto, es algo mucho más grande. Es vida en Dios y, emanado de Él, penetra a la comunidad. Esta penetración de lo divino dentro de lo humano ocurre cada vez que nuestro anhelo produce en nosotros aquella disposición en la cual Dios solo habla y actúa. En tales momentos puede darse que una comunidad sea comisionada por la Iglesia invisible y reciba, con toda certeza, una misión específica, a saber, hablar y actuar en nombre de la Iglesia — aunque sin confundirse a sí misma con la Iglesia.

Vivir en comunidad es un llamado al amor y a la unidad

La Iglesia en la cual creemos vive en el Santo Espíritu, que la guarda y protege. La Iglesia del Espíritu engendrará la futura unidad entre todos los seres humanos. Ya en el presente, el Espíritu da el aliento de vida a la comunidad viviente. El fundamento, el elemento básico de toda comunidad, no es la mera asociación de sus miembros, sino la unidad que otorga el Santo Espíritu, ya que en Él está presente la Iglesia verdadera.

Un organismo llega a ser uno gracias a la unidad de conciencia nacida del espíritu que lo anima. Sucede lo mismo en una comunidad creyente. Y la futura unidad de la humanidad, cuando reinará Dios solo, está asegurada ya por el Espíritu Santo, porque él es el futuro líder y Señor mismo; es lo único a lo cual podemos aferrarnos en esta vida, lo único que podemos percibir de ese glorioso porvenir de amor y de unidad. La fe en el Espíritu es la fe en la Iglesia y la fe en el Reino.

Vivir en comunidad significa sacrificio

En la vida comunitaria surgen preguntas de decisiva importancia: ¿Cómo fuimos llamados? ¿A qué fuimos llamados? ¿Seguiremos el llamado? Quienes se deciden a seguirlo, estarán en la brecha por el resto de su vida, defendiendo el encargo común que Dios les ha dado. Estarán dispuestos a sacrificar la vida misma por la causa de la unidad.

Todo el mundo está dispuesto a dejar su casa, sus padres y su carrera por causa de un matrimonio; por la mujer y los hijos todos arriesgan la vida. Del mismo modo, es necesario abandonarlo todo y sacrificarlo por el llamado a esta forma de vida. Nuestro testimonio de la comunidad voluntaria de bienes y de trabajo con fin de demostrar que se puede vivir en paz y en amor, tendrá significado únicamente si invertimos nuestra vida entera y la totalidad de nuestro sustento en esta empresa.

Vivir en comunidad es una aventura de fe

Hace más de cinco años (que hoy son ochenta), un pequeño grupo reunido en la capital alemana de Berlín decidió arriesgarse a vivir y trabajar juntos en comunidad. De esta iniciativa nació, al poco tiempo, una vida en comunidad total.

Somos pocos, y venimos de los más diversos ambientes sociales, pero somos un grupo unido de personas listas a ponerse al servicio de todo el mundo.

Dado el fundamento de nuestra fe, no es posible encarar el desarrollo de esta comunidad bajo un punto de vista puramente económico. No podemos simplemente seleccionar a las personas más capacitadas para que se encarguen de nuestras diferentes actividades. Aunque queramos tener la mayor eficiencia en cada actividad, es mucho más importante que busquemos la fe. Cada uno de nosotros— así sea miembro, colaborador o visitante, y sea cual fuere su particular trabajo o servicio— debe examinar una y otra vez su integración a una comunidad gobernada por Jesucristo.

Nuestra empresa, pues, es una continua aventura. Sin embargo, no somos nosotros la fuerza impulsora; más bien somos— y tenemos que seguir siendo— los impelidos. Siempre estamos en peligro de sucumbir a sensaciones de agotamiento o de ineptitud, pero este peligro puede ser superado continuamente por la fe que es el fundamento de nuestra solidaridad.